

peten la religion por gusto, y despues la amen y la adoren por necesidad.

Milton es quizás entre todos los ingenios el que supo sacar mejor partido de lo que sabemos acerca de la caída de los ángeles. Haciéndola entrar como un episodio magnífico en su *Paraíso perdido*, toma de ella el carácter que atribuye al monarca del infierno y á todas sus acciones, hasta haber completado la perdición del hombre. En la descripción de su carrera, cuando, saliendo de su abismo, va al descubrimiento de la creación, hay rasgos inimitables de imaginación, que en nada ofenden á la razón y á la fé. Todo respira aquella inmensidad que existe realmente en los espacios, y de que no podemos formarnos idea sino por palabras negativas. Sobre todo, toma el carácter de Satanás, del espíritu de soberbia y de ambición de reinar, inseparable siempre de la rebelión y del crimen. Oíganos al príncipe de las tinieblas desde lo alto de las montañas de fuego, donde contempla por primera vez su imperio. "Adios, campos dichosos, que habitan las delicias inmortales! ¡Horrores, yo os saludo! ¡Yo te saludo, mundo infernal! ¡Abismo, recibe á tu nuevo monarca! El te trae un espíritu, á quien jamás mudarán los tiempos y los lugares...." Observad luego el lenguaje de la ambición y de la rebelión castigada pero no arrepentida: "A lo menos aquí reinaremos: propio es de mi ambición reinar, aunque sea en los infiernos." ¡Cuánta filosofía, cuántas inmensas aplicaciones encierran estas pocas palabras!

Véamos cómo describe Satanás, en medio de su infernal consejo: "Sus formas conservaban una parte de su esplendor primitivo: no era menos que un arcángel caído: su excesiva gloria algun tanto oscurecida. Así como cuando luce el sol al salir, despojado de la majestad de su rayos, echa una mirada horizontal por entre las tinieblas de la mañana, ó como en un eclipse, oculto detrás de la luna, esparce sobre la mitad de los pueblos un crepúsculo funesto, y atormenta á los reyes con el miedo de las revoluciones; así aparecía el ángel oscurecido, pero resplandeciente aún, sobre todos los compañeros de su caída. Su rostro, sin embargo, estaba surcado con las cicatrices del rayo, y se vislumbraban sus pesadumbres sobre sus mejillas descoloridas."

Mas donde se marca con mas viva precisión el carácter del espíritu precito, es cuando, escapado del abismo, y sobre el umbral de la tierra, se desespera contemplando las maravillas del universo, y dirige al sol su palabra.

"Oh tú, que coronado de una gloria inmensa, dejas caer tus miradas, como el Dios de aquel nuevo universo, desde lo alto de tu solitario dominio: tú, á cuya presencia ocultan las estrellas sus humilladas cabezas; yo te dirijo mi voz, pero no una voz amiga: pronuncio tu nombre sola-

mente, oh sol, para decirte cuánto aborrezco tus rayos; ellos me recuerdan la altura de que he caído, y cuán glorioso brillaba yo en otro tiempo sobre la esfera! ¡El orgullo y la ambición me han precipitado! ¡Me atreví en el cielo mismo á declarar la guerra al Rey del cielo! ¡No merecía esta correspondencia el que me había criado en la eminente clase en que me hallaba.... Viéndome tan elevado, me desendé de obedecer creí que un paso mas tan solamente me colocaria en el estado supremo, y me aliviaria en un instante de la carga inmensa de un reconocimiento eterno.... ¡Ah! ¡Por qué su voluntad omnipotente no me hizo nacer en la condicion de algun ángel inferior? Aun hoy seria yo dichoso; no se hubiera alimentado mi ambición con una esperanza sin límites.... ¡Desdichado! ¿Dónde he de huir de una cólera infinita y de una desesperación sin límites? El infierno se halla en todas partes en donde yo estoy: yo mismo, yo soy el infierno.... ¡Oh Dios! ¡mitiga tus golpes! ¿No ha quedado medio alguno para el arrepentimiento, ninguno para la misericordia, ninguno fuera de la obediencia? La soberbia me lo impide, ¡qué vergüenza para mí delante de los espíritus del abismo! ¿No los seduje yo, prohibiéndoles la sumisión, cuando me atreví á jactarme de subyugar al Todopoderoso? ¡Ah! en tanto que ellos me adoran sobre el trono de los infiernos, ¡qué poco saben cuán caras pago aquellas soberbias palabras, cuando gimo interiormente bajo el peso de mis dolores!.... Mas si yo me arrepintiese, si por un acto de la gracia divina subiese á mi primer estado, ¡cómo sucedría que un lugar eminente escita altos pensamientos, y cuán pronto quedarán desmentidos los arrepentimientos de una fingida sumisión!..... El lo sabe, y está tan lejos de concederme la paz, como yo de pedirselo..... ¡Adios, pues, esperanza, y adios contigo, temor y remordimiento! ¡Todo se perdió para mí: ¡Desdicha, sé mi único bien! Por tí dividiré á lo menos el imperio con el Rey del cielo: ¡aun tal vez dominaré yo mas de una mitad, como en breve lo experimentarán el hombre y este mundo reciente!"

En este bellissimo fragmento se advierten los rasgos característicos del ángel tenebroso, sin separarse de lo que enseña la mas estricta teología acerca del castigo de los espíritus rebeldes. El bramido de la envidia, de la obstinación y de un dolor desesperado, el ódio reconcentrado contra Dios, el feroz remordimiento del orgullo y la vanidad, buscando satisfacerse en la misma humillación, tales son los oscuros y horribles coloridos con que pinta el poeta á esta rebelde y humillada inteligencia. Bosquejando al mismo tiempo el cuadro de las pasiones humanas en su mayor perversidad, tal vez formaba un tipo ideal de aquellos vicios desastrosos ó insaciables, que veía con dolor desolando su patria, y que vemos re-

petidos por desgracia en todos los siglos y muy especialmente en el nuestro.

El hombre parece haber participado infelizmente de aquel orgullo indomable que llenó los ciclos de escándalo, y que con la funesta fruta hizo entrar en su corazón aquel espíritu frenético de soberbia y de loca independencia hasta de su Criador: origen funesto de todas las calamidades que aquejan al mundo.

Mas del mismo modo que no aprobamos la opinion de los que quisieran eterno divorcio entre la religion cristiana y las gracias de la imaginacion, cuando sin inmutar en lo mas mínimo lo que la fé nos enseña, solo se pretende dar mas viveza y atractivo á sus mismas verdades, y sensibilizarlas de un modo digno y decoroso; declamarémos altamente contra los que, sin conocer el espíritu de la religion, ni haberlo consultado en los libros santos, ni en la historia de los siglos, se valen de ella como de un mito cualquiera, alterando ó profanando sus sagrados dogmas, su verdadera moral, y el carácter de las virtudes que manda practicar. Quien no ame la religion, que no toque á ella. Es preciso estar poseído de los sentimientos que inspira, para hablar de sus misterios, aunque sea en poesia. No es la primera vez que emitimos esta verdad, y ahora hemos aprovechado la oportunidad de repetirla. El genio ha de servir á la religion, y no la religion al genio; y tiempo es ya que, dejando de ser el divino cristianismo el juguete de los sistemas y de las escuelas que se disputan el imperio voluble y momentáneo de la opinion humana, se acelere aquel momento feliz en que la religion santa, tan escarnecida en la tierra, domine sobre todos los corazones, reinando al mismo tiempo sobre todas las bellezas del pensamiento, en la filosofia, en la poesia y en el arte.

Fáltanos tocar un punto delicado, acerca de la caida de los espiritus angelicos; y es el columbrar si fué mayor el número de los que cayeron, ó de los que quedaron. Es muy natural el presumir, que queriendo crear Dios á los ángeles para su propia gloria, ó mejor dirémos, para que ésta se manifestase, pues el Supremo Sér estaba ya bastante glorificado en si mismo, no hubiera resuelto la creacion de aquellos espiritus, viendo en su soberana presciencia que el número de los rebeldes y proscritos habia de ser mayor que el de los obedientes y premiados. Esta conjetura, fundada en la razon, la vemos confirmada en lo que nos dice el apóstol profeta, en su arcanoso libro de la *Revelacion*. El Dragon arrastró consigo la tercera parte de las estrellas, y las arrojó á la tierra. El gran escándalo de Luzbel arrastró consigo innumerables legiones de espiritus, que se rebelaron en aquel mismo momento. El pecado, pues, del primer án-

gel fué para otros causa de pecado, no por coaccion, sino por induccion. ¡Tan cierta y universal es aquella terrible verdad, pronunciada despues sobre la tierra por aquel mismo que es la verdad Eterna: ¡Ay de aquel por quien viene el escándalo! Mas ved castigado en el mismo punto el orgullo de los innumerables seducidos. Si el amor á una loca independencia les hizo rebelarse contra Dios, quedaron en el mismo momento esclavos del primer ángel pecito. Rehusaron doblar á Dios la rodilla, y quedaron despues gimiendo bajo la tirania de un semejante á ellos, el jefe de las legiones infernales. ¡Qué leccion para todas las inteligencias creadas!

En sentir, pues, de los Santos Padres que tratan sobre la materia, muchos mas quedaron que cayeron. Asi parece que lo exijia la mayor gloria del Criador, y así lo declara la voz del santo desterrado en Patmos. Los millares de millares que asisten ante el Cordero de Dios y le sirven y le glorifican incesantemente, manifiestan la inmensidad de aquella creacion resplandeciente que quedó rodeando el trono de Dios. Si la imaginacion se pierde, recorriendo aun mas allá de la tierra los astros sin número, cuya direccion puede muy bien Dios haber confiado á estas puras é innumerables inteligencias, ¿quién podrá ni aun por sombra calcular la fulgurante muchedumbre de espiritus bienaventurados que engrandecen el poder y la majestad de Dios, en donde reside principalmente su gloria, la adorable humanidad del Verbo, y la inmortal corona de los escojidos.

Concluyamos con una bella observacion que enciera al mismo tiempo una filosofia profunda, y que nos ha sujerido un gran número de reflexiones importantes. Dicen algunos autores que el primer ángel que pecó es llamado querubin (*ciencia*) no serafin (*ardor*); añadiendo que de serafines y tronos, que están mas íntimamente unidos á Dios, no se dice que haya demonios.

De esto puede inferirse, que no de amor ni de proximidad á Dios nació el pecado, sino de ciencia y de poder, como mas susceptibles de orgullo, y mas comunes al bien y al mal. La caridad, ó sea el amor á Dios, es mas difícil que ceda á las sugestiones del orgullo, y que se decida á romper los dulces y fuertes vinculos que le unen con su objeto, porque tiene su raiz en el corazón. El poder, empero, y la sabiduría son mas capaces de evanescerse y de olvidar el origen de donde proceden. El poder propende á la altivez y á la ambicion, cuando el sentimiento que inspira no va unido con la humildad y el reconocimiento. La sabiduría reside en el entendimiento; y aunque parece debiera ser la mas distante del error, por el mayor conocimiento que supone del bien y del mal, no obstan-

te es la mas capaz para engrair el espiritu y cegarle infelizmente, obscureciendo su propia luz con las tinieblas de la soberbia.

En las inteligencias humanas vamos con frecuencia á los grandes talentos desvanecerse y caer, impelidos por aquel espíritu de soberbia que hundió en la noche eterna á las grandes lumbreras del firmamento. Vemos tambien á los poderosos, olvidarse de aquel de quien viene todo el poder; y aun volver el suyo contra Dios mismo. Parece que los humanos prescinden de tributar al Dispensador Supremo el tributo de su pensamiento y de su corazon. Pero la caridad, la humilde y ferviente caridad, aunque no brille tanto sobre la tierra como la llama del genio, es un fuego sagrado que no se consume, y arde siempre como un holocausto puro en la presencia del Criador. ¡Serafines de la tierra! ¡Almas humildes y amantes que os alimentais suavemente de la caridad! ¡El mundo no os conoce, ni os merece; pero vosotros deteneis tal vez la mano de Dios alzada contra él para vindicar su justicia! En este siglo hemos presenciado grandes caidas de genios que parecian encumbrados como el ángel soberbio en lo mas alto de la region intelectual, y creados para defender sobre la tierra el trono del Altísimo. Mas un soplo de orgullo les desplomó de aquella eminencia brillante en que aparecian sublimados; mientras que vosotros, ángeles en carne por el amor, habeis permanecido fieles, porque no buscáis vuestro propio engrandecimiento, ni estais tan á riesgo de olvidaros de que lo debeis todo al que os crió. Una sola de vosotras que hubiese caido, almas de la caridad, hubiera sido un presagio mas funesto para la religion, que la caida de esas hinchadas inteligencias que asombran al mundo, pero que, faltándoles la alas de la caridad, no pueden remontarse hasta el cielo.

Dijimos poco hace, que por medio de aquellos celestes mensajeros Abraham se veia iniciado en los misterios de lo futuro. Aquellos huéspedes, pues, le preguntaron dónde estaba Sara. Bien fuese que las costumbres del tiempo y del país no permitiesen á Sara estar á la presencia de los extranjeros, bien fuese que la llamasen fuera de allí los cuidados de la hospitalidad; pero, sea como fuere, no se hallaba distante de allí, y las palabras de la conversacion podian muy bien llegar á sus oidos. "Ahí está en la tienda" respondiósle Abraham. "Dentro de un año, por este tiempo, añadió uno de los augustos peregrinos, volveré yo á visitaros, los dos estaréis con vida, y Sara tu muger, tendrá un hijo." Oyo Sara estas palabras, y pensando en su avanzada edad, se retiró secretamente de la propuesta, pues separada de los viajeros por la puerta de la tienda, no podia ser vista. Y dirijiéndose uno de ellos á Abraham, le dijo: "¿Por qué se ha reido Sara, diciendo para sí misma: *¿En mi edad habré de morir*

*un hijo?* ¿Hay acaso nada dificil para Dios? Al plazo señalado volveré á vosotros en este mismo tiempo; los dos estaréis vivos, y Sara tendrá un hijo." Asustada Sara con esta reprension, lo negó diciendo: No he reido. No decís verdad repuso el interlocutor, vos habeis reido. Sara miraria sin duda á sus huéspedes como simples hombres, y aquella risa nada tenia de impio; pero cometió una falta en mentir, pues jamás debe negarse la verdad, aun cuando su confesion infunda algun temor. La mentira mancha los labios como una espuma impura, y nunca puede traer sino una utilidad pasajera y despreciable; pero la verdad sublima hasta ella y cubre con un reflejo de su hermosura á los que no le son traidores, y este honor es siempre por último resultado nuestro mayor interés. Aun cuando la confesion sea de una falta, es un acto de humildad y de reconocimiento de nuestra propia flaqueza, y este acto revela siempre una alma recta.

La risa de Abraham, á las palabras del extranjero, no fué de duda ni de desconfianza, y por esto no fué culpable; fué mas bien la sonrisa de la admiracion y de la alegría, pues vislumbró en aquellas palabras proféticas algunos de los designios que Dios tenia sobre él y sobre su posteridad.

Levantáronse los ángeles para continuar su viaje. Abraham quiso acompañarlos y anduvo algun tiempo con ellos en direccion á la ciudad de Sodoma. En esta ocasion quedó instruido anticipadamente el patriarca del castigo preparado á los corrompidos moradores de Pentápolis, y sostuvo con su celeste interlocutor aquel diálogo de una sublime familiaridad, en el que se revela toda la ternura paternal que pone Dios en el gobierno del mundo, y toda la confianza filial que pueden poner en Dios los hombres. Hay una voz en los crímenes que llega hasta el cielo, y hace descender de allí la vengauza lenta pero inevitable: asi como hay una voz en las acciones del justo, que aplaca la indignacion de Dios y desarma su airado brazo.

El Señor, como hablando consigo mismo, levanta como el velo á sus propios designios y manifiesta los motivos de su revelacion á Abraham sobre la catástrofe de Sodoma. "¿Cómo es posible, dice, que yo oculte á Abraham lo que voy á ejecutar, habiendo él de ser cabeza de una nacion grande y fuerte, y benditas en él todas las generaciones de la tierra? Constate que mandará á sus hijos y á su familia despues de si, que guarden el camino del Señor y obren conforme á rectitud y justicia, para que cumpla el Señor por amor de Abraham todo cuanto le tiene prometido;" como si dijera: Yo, que doy á Abraham muestras tan particulares de cariño, y que le trato como á mi intimo amigo, ¿podré ocultarle el singular

escarmiento que voy á hacer con estas ciudades de pecado? Interésale mucho esta noticia, porque tiene un sobrino en medio de ellas. El ha de ser padre de muchos pueblos, segun la carne, y padre de todas las naciones por la fé; cuidará mucho de instruir á sus hijos en mi temor, y proponiéndoles este ejemplo de mi justicia, hará que caminen conforme á mis leyes y á mi beneplácito." Al momento descubre el Señor á Abraham por medio de su ángel la revelacion terrible. "El clamor de Sodoma y Gomorra va creciendo mas y mas, y su crimen ha llegado hasta lo sumo." A la fatal amenaza, el patriarca lleno de candor y de confianza en Dios, tatea aplacar su indignacion por la mediacion de los justos, y pregunta: "¿Si se hallan cincuenta justos en la ciudad, habrán de perecer? ¿Y no perdonarás á todo el pueblo por amor de los cincuenta justos si se hallaren en él?—Si yo hallo cincuenta justos en Sodoma, á causa de ellos yo la perdonaré." Y Abraham, humillandose á la presencia de Dios, y reconociéndose polvo y ceniza, adelanta sus preguntas:—Yo hablaré mas al Señor, toda vez que ya he empezado. Y si se hallaren cuarenta y cinco justos, ¿que sucederá?—No destruiré la ciudad.—¿Y si hubiere cuarenta?—Detendré mi brazo.—¿Y treinta?—Me contendré.—¿Y veinte?—No perderé á Sodoma.—¿Y diez?—La perdonaré." Abraham guardó silencio, desapareció la vision, y él volvió á Mambré.

Por la tarde llegaron á Sodoma los tres viajeros, y pudieron convenirse por sí mismos que la iniquidad habia allí llegado hasta el colmo. Loth estaba sentado á las puertas de la ciudad, y al verlos se levantó, y salió á recibirlos, y los adoró, inclinándose hácia tierra. Y dijo: Os ruego, señores, que vengais á la casa de nuestro siervo, y os hospedéis en ella: lavaréis vuestros piés, y á la madrugada proseguiréis vuestro viaje. Y respondieron, no; pues nos quedaremos á descansar en la plaza.

Loth no podia consentir en dejar aquellos nobles personajes en la plaza pública: les instó de nuevo, y obligóles al fin á que se encaminasen á su casa, y entrados en ella, les dispuso un banquete con la misma sencillez con que se lo habia ofrecido su tio Abraham; coció panes sin levadura, y cenaron.

Los perversos moradores de aquel pueblo habian reparado en los tres gallardos mozos á quienes Loth acababa de dispensar su hospitalidad. Cercaron, pues, la casa donde se albergaban, exigiendo de Loth que se los entregase para saciar sus pasiones infames. El atribulado sobrino de Abraham rogó á la turba amotinada que se abstuviesen de tanta maldad. Mas ¿quién contiene á una muchedumbre ebria de maldad y de crímenes? Sonaron á los oídos de Loth las mas horribles imprecaciones y amenazas, forcejeando la puerta para arrancar con violencia brutal á

los asilados extranjeros. Los huéspedes por su parte salieron á la defensa de Loth, y alargando la mano, le encerraron dentro de la casa. Entonces los celestes mensajeros hicieron uso de su poder y castigaron á la chusma inmunda con la ceguera del cuerpo, ya que tan tenebrosa tenían la del corazón. No pudieron, pues, los amotinados dar con la puerta, y Loth y sus huéspedes se vieron libres de sus brutales amenazas.

Dijeron éstos en seguida á Loth: ¿tienes aquí alguno de los tuyos, yerno, hijos ó hijas? Sácalos, pues, todos de esta ciudad porque el Señor nos ha enviado para arrasar este lugar nefando, contra cuyas maldades el clamor ha subido hasta el cielo.

Fué Loth ha encontrar á los que habian de tomar á sus hijas por esposas, anunciándoles el riesgo terrible é inevitable en que se hallaban, y el golpe de esterminio que iba á descargar sobre aquel pueblo de iniquidad; pero ellos lo tomaron á chanza y no quisieron moverse. Al apuntar el alba, los ángeles daban prisa á Loth para que saliera con sus hijas, no fuera que quedase envuelto en la universal ruina; pero Loth no sabia acabar de resolverse á practicar lo mismo que habia procurado persuadir á sus futuros yernos. El ver que iban á perecer tantas riquezas, lo avanzado de sus años, el ser extranjero distante de su patria, todo le hacia mas duro el voluntario sacrificio que se le exijia. Pero la alternativa de perecer con todo ó sacrificarlo todo, era inevitable. Si el Señor le hubiese tratado segun su fé lánguida y vacilante, quizás hubiera perecido en medio de las llamas; pero lo libró de aquella ruina, atendiendo á la cantidad y á los ruegos de su siervo Abraham: tuvo piedad de él, y no midió su misericordia por la cobardía y oselacion de aquel hombre.

Al fin fué necesario que los extranjeros agarrasen de la mano al indeciso Loth, á su muger y á sus hijas, pues el Señor queria salvarle. Y cuando estuvieron fuera de la ciudad, le dijeron: Salva tu vida: no mires hácia atrás, ni te pares en toda la region circunvecina: ponte á salvo en el monte, para que no perezcas con todos los demas habitantes de estas comarcas.

Fatigado Loth con el peso de sus años, lleno de angustia y de temor, suplicó á los celestes mensajeros que le permitiesen asilarse en una pequeña ciudad no muy distante de allí, en donde pudiese salvarse de la catástrofe. Y uno de los ángeles accedió á la súplica del atribulado anciano. Date prisa, le dijo, y sálvate allí, pues no podré cumplir la orden de Dios hasta que te halles refugiado en ella.

Al oriente meridional del Mar Muerto estaba la pequeña ciudad de Segor, llamada antes Bala, y se le dió aquel nuevo nombre á causa de su pequeñez ó poca importancia. Debía perecer como sus cómplices; pero

la presencia de Loth y de su familia la libró del terrible castigo. Al elevarse el sol sobre su horizonte, entraba ya Loth en Segor, y en aquel mismo momento una espantosa lluvia de fuego y de azufre cayó sobre las ciudades reprobadas. Rasgado el suelo por los sulcos del rayo, é inflamado el betun que se ocultaba en las entrañas de la tierra, conmovida y temblando, quedó todo inundado de torrentes de llama y devorado por el incendio. La muger de Loth pagó con la vida su desobediencia á las palabras del ángel. Movida sin duda por una viva curiosidad, volvió la cara hácia atrás para mirar el incendio, y quedó convertida en estatua de sal. Algunos espositores opinan que no era esta sal ordinaria sino piedra, dura como sale de los montes, ó bien que se convirtió en un cuerpo muerto, yerto y seco con aquella materia sulfúrea y nitrosa que la Escritura llama sal. Esta estatua se conservó por muchos años para público escarmiento de los mortales, y aun afirma Josefó que permanecia en su tiempo.

Al acordarse Abraham de las maldiciones fulminadas sobre Pentápolis, habia vuelto al mismo lugar en donde la víspera habia dejado á sus huéspedes; y desde allí vió levantarse de la tierra payesas, ardientes así como la humareda de un horno; y vió abismarse Sodoma, Gomorra, Adama, Seboin y todos sus alrededores, quedando solo un monton de abrasados escombros. Desde aquel dia no ha vuelto la vida á aquellos lugares, en los cuales no puede echar raíces de modo alguno. Sobre el estenso valle, cubierto en otro tiempo por las oleadas de un pueblo, un gran lago que llamaban Asphatilde, estiende sus dormidas aguas, que ni aun se agitan ni mueven al rugido de la tempestad. Es fama que no le habitan los peces, y que las aves no vuelan jamás sobre su superficie. Sal diseminada sobre la orilla, mas allá arenas movedizas; algunas plantas de trecho que crecen lentamente y como á duras penas, el suelo desnudo de verdor, el aire sin ambiente de frescura, el valle mudo como un sepulcro, todo presenta la imájen funeral de la muerte.

La tersa superficie de las aguas, reflejando el azul celeste en medio de la aridez y del silencio, puede recrear por un momento la vista, pero sin consolar el pensamiento ni disipar los recuerdos. Aquella agua inmóvil se parece á un paño funerario, echado sobre el esqueleto de aquellas ciudades ahogadas; y este desierto, por el fúnebre aspecto que presenta, se parece á un culpado que hubiese muerto de espanto, mientras que la justicia de Dios le señalaba con una marca incandescente.

Con todo, Loth no se halló seguro en su pequeña ciudad; y temeroso de aquella espantosa catástrofe, se retiró de Segor, y fué con sus dos hijas á refugiarse en un monte, quedándose los tres en una cueva.

La escena del esterminio de la nefanda Pentápolis es quizá la mas horrorosa que nos ofrecen los anales sagrados, no cediendo en espanto sino á la del diluvio, por razon de su universalidad. Ella viene á ser un páliido pero terrible preludio de la agonía del mundo en el último de los dias; cuando cumplida ya la medida de todas las iras del Señor, vendrá á juzgar á las generaciones culpables con la llama vengadora de su justísimo furor. Por este tan notable acontecimiento ha ejercitado los esfuerzos del genio, ora con los vivos y hábiles recursos del colorido, ora por medio de la fuerza creadora de la palabra y del canto. Uno de los ingenios contemporáneos ha trazado un rápido y animado bosquejo de aquel dia de horror y de aquella noche de esterminio. Lo que sigue es á un mismo tiempo extracto é imitación de una de sus *Orientales*.

*El fuego del cielo.* ¿Véisla pasar allá la nube ennegrecida, cargada con la cólera de Dios? Tan presto pálida como encendida, vuela en alas de nocturnos vientos por un horizonte oscuro, ruidosa y sangrienta como la ardiente humareda subiendo entre los clamores de una ciudad que se abrasa. ¿De dónde viene? ¿De los cielos, del mar, de los montes, ó de los abismos? ¿Es algun carro de fuego que conducen á un cercano planeta los espíritus infernales? No se sabe. Los rayos que se desprenden de aquel infierno flotante, dejan en los aires un rastro de terror y de ira como una larga sierpe desencadenada.

El cielo no descubre sino mar, y las ondas, corriendo tras las ondas, llenan un horizonte sin orilla. Fatigase en vano el ave pasajera, en vano apresura su vuelo: las nubes van flotando por el mar inmenso de los aires, y agitándose confusamente, se ven impelidas por el rauda torbellino que impulsa las ondas: el cielo y la tierra confunden su azul ceniciento que amaga una gran tormenta. ¿Queréis, Señor, que deje enjutos los mares, dijo la nube de fuego? No, respondió una voz, y la nube siguió su vuelo, impelido por el soplo de Dios.

Un verdor de primavera se estendia sobre frescas y regaladas colinas, serpeadas por cristalinos arroyos como una beldad vestida de diamantes. Un pueblo sencillo y descuidado triscaba por los amenos vergeles; los jóvenes guerreros danzaban, y las jóvenes, bellas como el placer, les tejian guirnaldas; la pesca tranquila y la bulliciosa caza hacian volar con alegría los dias y las horas; la tierra presentaba al hombre los dones del cielo, la leche y el fruto; y la voz de los cimbalos y de los cantares, y los rulinchos de los caballos, respondian á los sordos mugidos del mar. ¿En dónde pasaron ayer estos pueblos desconocidos? ¿La nube dudosa se paró un momento en el espacio?—¿Es aquí?—Y dijo la voz:—Pasa!

Tendido sobre un rico manto de espigas, descansa el Egipto en medio de sus riquísimas llanuras, cuyo imperio se disputan las vastas y frías aguas del Norte y la ardiente arena del Sud, como dos mares encontrados, de cuyos embates se rie. Hieren la vista tres montes de un triple angulo de mármol, levantados por la mano del hombre que amenazan á los ciclos desde sus bases inundadas de ceniza. Naves de larga quilla entran en su vasto puerto, y una ciudad gigantesca, sentada sobre la orilla, baña en el agua sus piés de mármol. Oyese la voz del cocodrilo que zambulle en las oadas su escamoso cuerpo. Entre azules obeliscos se descubre el fondo amarillento del Nilo, como una piel de tigre, tachonado de pequeñas islas. El astro rey sepultábase en su ocaso, y el mar tranquilo reflejaba aquel globo de oro viviente, aquel mundo que es como el alma y la antorcha del nuestro. En el cielo rojizo y entre las ondas encendidas veíanse venir uno tras otro dos soles, como dos reyes amigos. ¿En dónde he de pararme? esclama la nube.—Busca mas, responde una voz de trueno que hizo retremblar el Thabor.

¡Desierto inmensurable, arena sobre arena, caos tétrico e innagotable de monstruos y de hirvientes remolinos! Cuando sopla la tempestad, altos montes de arena se deslizan y corren como si fueran oleadas. A veces ruidos profanos turban el silencio de esta soledad magnífica; cuando las caravanas de Ofir ó de Mambré undulan sobre la abrasada tierra, y se deslizan como una jaspada culebra. Dios solo sabe los limites y señala el centro de esos páramos profundos y cargados siempre de oscura niebla, que arrojan por espuma cenizas abrasadoras. ¿Se ha de convertir en lago este desierto? dijo la nube.—Mas allá, respondió la voz venida del fondo de los ciclos.

Ved esta Babel desierta y sombría, que como un enorme escollo descuella sobre los montes y vasta y confusa amalgama de torres, prodigioso testimonio de la nada de los mortales, que á los rayos de la luna cubre de lejos con su sombra cuatro montañas. Los vientos mujen cautivos bajo sus plantas que se abisman en la profundidad de la tierra. Poco hace que todo el género humano murmuraba alrededor de ese gigante de los siglos: Babel hubiera algun dia sentado su espiral sobre el globo entero, y sus gradas debian subir hasta el Zenith. Como una pila inmensa de montes sobre montes, desaparecia ya á los ojos de los hombres su frente piramidal, los monstruosos boas y los verdes cocodrilos, deslizanse mas pequeños que insectos entre sus muros colosales, y sus hendidas torres: los elefantes pacen por las grietas de sus paredes, y enjambres de águilas rojas y de enormes buitres voletean dia y noche en torno de sus pórticos abiertos, como abejas alrededor de una colmena inmensurable.—Des-

truirla, ¿he? dijo la airada nube.—Sigue tu marcha.—¿Señor! ¿á dónde me llevais?

Dormian cubiertas con los vapores de la noche dos ciudades desconocidas, con sus dioses, su pueblo, sus carros y sus murmullos. Eran dos hermanas acostadas muellemente en un valle como en un mismo lecho. Bosquejábanse sus torres como sombras en la llanura bañada por la luz de la luna, y en aquel confuso caos divisábanse acueductos y columnas de anchos capiteles, pensiles deliciosos, arcadas, vergeles, cuyas cascadas reflejan como una espuma de plata: templos do yacen mudos y sentados cien ídolos de jaspe, dioses de metal con testas de toro, elefantes, y mil monstruos de formas desconocidas, fruto de cúpulas horribles. Elévanse con sus puntas, arcos y bóvedas hasta los ciclos los edificios sombríos, como inmenso grupo velado por las tinieblas, en cuyas profundas revueltas se pierde el ojo y cobra miedo el corazón. Centelleaba el vasto y tachonado horizonte como una cortina brillante, en cuyo centro se divisaba un punto oscuro.

¡Ay de vosotras, ciudades del infierno! ¡locas en vuestros descos forzais la naturaleza con crímenes, y la hacéis estremecer! En vosotras cada hora aborta monstruosos placeres, cada accion descubre algun inmundado misterio, y cual dos úlceras asquerosas manchais el mundo. . . . Todo duerme, sin embargo: algunas llamas pálidas cruzan apenas por entre las sombras, como teas de la disolucion, que macen y mueren, últimos fuegos de festines, olvidados en las calles: vastos lienzos de muro blanqueados por la luna rompen las tinieblas, ó tiemblan reflejados en las aguas. Oyense tal vez confusamente por las llanuras ahogados ósculos ó mezclados alientos, y las dos ciudades hermanas, fatigadas de los fuegos del dia, murmullan lánguidamente suspiros criminales. Todo lo habia perfumado el viento, suspirando bajo el fresco cielo desde Sodoma á Gomorra. Para la nube ennegrecida, y truena la voz desde lo alto.—¡Aqui!

Rompe la nube: y sus rasgados flancos se abren como un abismo de fuego, que se derrama en torrentes de azufre sobre los palacios y galerías, cuyas blancas balaustradas y erguidas cúpulas aparecen de color de sangre. ¡Gomorra! ¡Sodoma! ¡Un rio de llama rodea vuestros muros! La nube de indignacion ha descargado sobre vosotras, ¡oh razas pervertidas! ¡y por millares de bocas vomita sus rayos sobre vuestras solas cabezas! ¡Despierta azorado ese pueblo que en la vispera danzaba sin pensar en Dios! ¡los palacios tiemblan, vacilan; los carros, rodando, se chocan y se confunden; la multitud despavorida halla en cada calle un rio de fuego! y la voz de cien truenos, que hace estremecer la tierra, anuncia la celeste venganza. Las soberbias torres, los altivos colosos de pie-

dra, desplomándose, sepultan en las tinieblas moribundos sin número, dormidos ó vilmente enlazados, que se abisman debajo las hirvientes ruinas. ¿Cómo huir de la horrible llama? ¡Ay! ¡todo perece! Los rayos, lanzados como granizo, baten los puentes que reducen á polvo, hienden las altas techumbres, y ruedan, y caen, y rompen hasta el azulado pavimento: cada centella revienta y vomita arroyos encendidos de fuego irresistible, que corren mas rápidos que un caballo desbocado. El ídolo infame, vacilando en medio de la llama, tuerce sus brazos de bronce, y aun no bien derretido, se aplasta bajo el peso de la bóveda abrasada, que estalla y se hunde á pedazos: ágata, pórfido, alabastro, mármol, metales, aceites, perfumes, vestidos, el templo, todo se funde como cera, y cada columna arde y arroja torbellinos de mil colores. En vano algunos magos despavoridos llevan las imágenes de sus dioses sacadas de sus aras; en vano su rey tiende la blanca túnica sobre el suelo que retiembla sobre la boca de un volcan: la onda de fuego, volando estrepitosa, envuelve al vasto recinto entre pliegues de llama: mas allá despedaza un palacio en donde grita un pueblo estrechado: dóblase la pared inmensa como la hoja de un árbol, y se desploma y se derrite como el hielo. El pueblo, hombres, mugeres, corren... las llamas circunvalan los muros en olas furiosas, verdes y azuladas como las escamas de la versátil culebra, y sitian las puertas derruidas de las dos ya muertas ciudades: do quiera las llamas ciegan los ojos, ya no se ven las víctimas, se respira fuego, y los pocos restos de la turba maldita y fulminada que presto van á arder, creen ver el infierno que se desploma de los cielos.

Entonces, á la manera que un viejo cautivo asoma sobre los muros de su cárcel para ver un suplicio, tal vez Babel, su cómplice fatal, vióse de lejos mirar la horrenda catástrofe por sobre las montañas del horizonte entrojado: oyóse un sordo ruido que llenó el mundo de pavor, y tan profundo, que llegó á turbar el silencio de las tenebrosas regiones de aquellos pueblos que viven debajo la tierra.

Los celestes mensajeros, habian apenas arrancado á Loth, á su muger y á sus hijas de la ciudad nefanda, cuando llovió el fuego del Señor. Los infames sodomitas anhelaban pecar con los extranjeros, que eran dos ángeles del cielo! ¡qué horror! Desde aquel momento apareció de lejos la nube fulminante, y los ciegos de Sodoma se entregaron al sueño. La humilde Segor temblaba, y fué salva por abrigar al protegido de Dios. Los celestes espíritus dirijieron el curso de la nube, y obedecieron á la voz terrible del Eterno que resonaba por los espacios. El fuego fué inexorable. Ni uno solo de los condenados escapó de las llamas. Huyendo sin saber dónde, levantaban sus manos viles, y abrazándose deslumbrados y

pavorosos, se preguntaban qué Dios derramaba sobre ellos aquel volcan. En vano se abrigaban bajo sus torres de mármol, para salvarse contra aquel fuego viviente, que encendia con el soplo de su furor aquel Dios que alcanza al que le insulta. Clamaban á sus dioses, y el fuego del castigo heria tambien á esos dioses mudos, que se derretian sobre sus aras en arroyos de ardiente lava. ¡Todo desapareció bajo el negro torbellino, el hombre con la ciudad, la yerba con el sulco! ¡Dios abrasó estas nefandas llanuras! ¡Nada quedó en pié del pueblo aniquilado! Sopló aquella noche un viento desconocido, y mudó hasta la forma de las montañas. Abraham miró muy de mañana hácia aquella region proscrita, y vió aún levantarse de la tierra pavesas ardientes como la roja humareda de un horno.

Hoy todavía el palmero que se esfuerza á crecer sobre la roca, siente marchitarse sus hojas y secarse su tallo al soplo de un aire abrasador y condensado. Estas ciudades fueron ya; Sodoma ha dejado su nombre al mas nefando de los crímenes, y cual funebre espejo de lo pasado, sobre sus quemados restos se estiende un lago de hielo que humea como una vasta hoguera.

Llegaron á su tiempo los dias pronunciados por el Señor, y aquel que renueva la juventud del águila, rejuveneció por fin la ancianidad de Sara, enviándole un hijo. El niño tomó el nombre de Isaac, segun las órdenes del cielo, y para recordar que su padre se habia llenado de júbilo á la promesa de una posteridad, sobre la cual ya desde mucho tiempo habia perdido la esperanza. Y haciendo Sara alusion á este nombre misterioso, dijo: "Dios me ha dado motivo de alegrarme, y cualquiera que lo oye se regocijará conmigo." Y en realidad todos los siglos cristianos han respetado en este niño, que vino á poner un término á las prolongadas angustias de Sara, la figura profética de aquel otro Isaac que, despues de cuarenta siglos de espectacion, apareció en medio de las naciones, sumidas en las sombras de la ignorancia, y lastimosamente estériles para la verdad y la virtud, haciendo brillar á sus ojos el Evangelio como un rayo de luz, y como una sonrisa celeste de amor y de caridad.

Ella alimentó por sí misma á Isaac, como hacen todas las madres, persuadidas de que el sufrimiento es un delicioso misterio, en el cual se fortifica la ternura; y que chupando la vida de tan cerca el corazon, los niños encuentran sin duda allí algo de mas generoso y de mas puro. A mas de que, tal era la costumbre de los siglos primitivos, porque tal es el órden de la naturaleza. La molicie y el refinamiento del egoismo introdujo posteriormente el uso de entregar, aun sin necesidad absoluta, á manos mercenarias, uno de los deberes y de los goces mas dulces y sagrados de

la maternidad, y comprar á precio de oro, no solo la pura sustancia que deposita la naturaleza en el pecho de la muger, sino hasta las caricias, y aquella tierna y siempre desvelada solicitud que el autor de la vida inspiró en el corazón de una madre. El gran tono mira con cierto desden el cumplimiento de la mas dulce de las obligaciones; muchas madres parece que no tienen otro destino que echar á este suelo de miserias el fruto de sus entrañas, y entregarlo luego á una muger estraña, robándose á sí propias, por una cruel comodidad, el mas dulce placer de la naturaleza; mas indiferentes con sus hijos que aquellas pobres salvajes que, no destituidas de los sentimientos naturales, llevan por el áspero desierto al infante de su seno, y le alimentan de su propia sustancia, hasta hallarse en estado de sustentarse por sí mismo. Las hembras mismas de los animales no conocen esta costumbre, y no faltan en esta parte, aun á costa de su vida, al deber que les impone la naturaleza.

Llegado el tiempo de destetar á Isaac, celebróse en Mambré un gran convite, pues en otros tiempos no se celebraba el nacimiento de un hombre hasta que habia escapado de los primeros peligros de la existencia, y podia ya tomar alimentos sólidos, y presentarse como un convidado en el festín que le daba la familia. Ni es de estrañar el que se prolongase hasta cinco años el tiempo de la lactancia, pues siendo entonces los hombres mas robustos y de mas larga vida, les correspondia á proporcion una infancia mas prolongada. Por esta misma razon Sara, á la edad de noventa años, conservaba aun gracia y hermosura, lo cual dió lugar á que Abimelech se prendase de ella, como habia hecho ya antes Faraon. La vida del hombre camina ahora con mayor rapidez que en los felices tiempos patriarcales, que se acercaban á la cuna del mundo. Las pasiones, nacidas de la corrupcion de las costumbres, han precipitado notablemente la vida, acortando todas las edades del hombre. Y aun entre nosotros se advierten algunas diferencias nacidas de la diversidad del clima ó de las costumbres. En los países abrasados por un sol ardiente, la naturaleza desarrolla mas rápida, las pasiones bullen con mas vehemencia y consumen la vida. En la calma y sosiego de los campos; cuando el clima no está maleado por otras siniestras influencias, se observan comunmente mas ejemplos de longevidad, que en medio de estos centros de tumulto y de corrupcion que se llaman ciudades, en donde los hombres agitados precipitan la vida como un torbellino, que arrastra con mas velocidad á la tumba á una muchedumbre cargada de vicios y hambrienta siempre de nuevos placeres.

Ismael, hijo de Agar, tenia cerca de catorce años mas que Isaac, y abusaba para con él de la superioridad de sus años y de sus fuerzas.

¿Cuánto no sufriría el corazón de Sara por estos malos tratamientos! Temiendo por Isaac las consecuencias de aquellas nocientes antipatías, consiguió que fuesen despedidos Agar é Ismael. El patriarca caldeó tuvo que hacer este sacrificio á la paz de la familia, movido por las justas quejas de su esposa Sara. Ismael era tambien hijo de Abraham: se habia criado en su casa y alimentado en su misma mesa, y no dejaría de costar al corazón sensible del esposo y del padre, el tratar con tanta dureza á su hijo, y á Agar su segunda muger. Mas las órdenes del cielo eran terminantes. Dios prescribió á Abraham este acto que pudiera parecer de crueldad, si no encerrase un gran misterio. Agar es, segun los sagrados intérpretes, una imájen viva del pueblo judío, desterrado de la casa de Dios con una severidad inexorable, y condenado á morir de hambre y de sed, por haberse resistido á recibir al que es el pan de vida y la fuente de agua inmortal. Arrojado este pueblo de la Judea y de la herencia de sus padres, sin templo, sin sacerdocio, sin sacrificio y sin reino, anda errante por la tierra sin conocer al que es la vida y el camino; y renunciando á su ley, ha perdido la luz, la sabiduría y la esperanza.

Abraham, por su parte, encontró oportunidad de consolidar su poder en la Palestina, haciendo alianza con un príncipe del contorno, llamado Abimelech, el mismo quizá que le dió hospitalidad en Gerara. Abimelech vino á solicitar la amistad del patriarca, y le habló en estos términos: "Dios está contigo en todo lo que haces: júrame, pues, en nombre de Dios, que no me harás daño, ni á mí, ni á mis hijos, ni á mis descendientes, sino que la merced misma que yo usé contigo, la usarás tú conmigo y con el país que habitas como extranjero." Abraham consintió en esta demanda, pero despues de haber dado sus quejas por las violencias ejercidas contra los suyos por la gente de Abimelech: tratábase de un pozo, del cual se le habia despojado injustamente. Y este despojo era de la mayor consideracion en un país en donde habia tanta escasez de agua, y que para conseguirla era preciso hacer pozos muy profundos. Aquella region, además, abundaba de ganados, pero los ríos y la lluvia eran muy raros. Protestó Abimelech que él nunca habia oido hablar de tal injusticia, y así no fué difícil el terminar aquella diferencia. Prometiése por una parte y por otra fiel y reciproca amistad, que fué sellada, segun las antiguas costumbres, con la sangre de los animales degollados. Los contratantes pasaron por entre las carnes de las víctimas, cuyos pedazos se habian distribuido á derecha é izquierda. Consintió Abimelech en aceptar de su aliado siete tiernas ovejas, como un precio para la definitiva adquisicion de la propiedad en litigio. Estas simples formalidades bastaban entonces para garantir á todos el goce de sus derechos, y asegurar sobre



la tierra el reinado de la justicia. Cuando Abraham entregó á Abimelech las siete ovejas que había escogido de su rebaño, preguntó éste: "¿Qué significan estas siete corderas que has hecho poner aparte?" Y le contestó Abraham: "Estas tú las tomarás de mi mano, para que me sean en testimonio de que yo cavé este pozo." Era la costumbre mas admitida en aquellos tiempos, de pagar el precio de los campos ó posesiones que compraban, en piezas de ganado, ó de plata; porque no podía abundar la moneda acuñada, de la cual los progresos del comercio humano han hecho despues una poderosa palanca de la fuerza de las naciones. Los hombres tenían por código el sentimiento de la equidad, apoyado en la creencia religiosa; y su memoria, auxiliada por algunos monumentos, era la fiel tabla de metal en donde se grababa la ley. Así es que el lugar en donde se concluyó esta alianza tomó el nombre de Bersabé, es decir, *pozo del juramento*. Allí mismo se edificó despues una ciudad, que fué primero de la tribu de Judá, y despues de la de Simeon, y era el término de la tierra santa por el Mediodía, así como Dan lo era del Norte. Y levantóse Abimelech y Phicol, príncipe de su ejército, y se volvieron á la tierra de los palestinos.

En aquel mismo lugar plantó Abraham un bosque, y erigió un altar al Señor; pues entonces no había mas que un templo que tenía por bóveda el firmamento, el sol por antrocha, y por altar las cimas de los montes; templo que el mismo Dios se había edificado con su propia mano. Mas tarde fué cuando se elevaron numeroos edificios en honor de la Divinidad, bien fuese á consecuencia de un precepto divino y positivo, bien fuese por esta natural necesidad del genio del hombre que fija su pensamiento en las formas del arte, y que por medio de las líneas y de las masas grandiosas de la arquitectura, dá la espresion mas imponente á sus sentimientos religiosos. Los grandes monumentos de la arquitectura son los caracteres magníficos en que se halla escrita la historia de los pueblos. Los mas antiguos y considerables de ellos, ó son sepulcros ó son templos, porque el hombre condenado á perecer sobre la tierra, y falto de la clara idea de Dios, poder infinito y bien infinito, miró tambien á la muerte como á una de sus divinidades.

Toda vida está sujeta á sus pruebas, y nuestras mas caras afecciones se trasforman amenudo en nuestros mas amargos pesares; pero como en todos los acontecimientos humanos preside la admirable economía del orden providencial, toda prueba tiene su objeto, y el sufrir es un elemento de gloria. El hijo único y tan amado de Sara, debía serle arrebatado de una manera inesperada y trágica. Una voz desconocida, la voz del Señor, le exigió que fuese sacrificado. ¿No era cruel y contra razon dar

muerte á un hijo por tan largo tiempo deseado, y sobre el cual descansaba la esperanza de una numerosa posteridad? Un hombre sin fé lo hubiera pensado; pero el creyente patriarca sabía que Dios, árbitro supremo de la vida del hombre, puede fijar su término, así como fijó su principio, y hacerla cesar por el medio que bien le plazca; sabía tambien que Dios reina sobre la muerte, no menos que sobre la vejez; que así se retira á su voluntad de las cenizas apagadas del sepulcro la flor de una jóven vida, como corona á la muger estéril con los honores de la maternidad. ¿Sara quedó informada inmediatamente de lo que iba á suceder, ó bien quiso Abraham aborrrarle el espectáculo de un drama tan terrible para el corazon de una madre? Del silencio de las escrituras debe con mas probabilidad inferirse esta última conclusion: pues en realidad, ¿quién duda que, prevenida del fatal suceso que debía terminar con los destinos de Isaac, no le hubiera dado Sara uno de aquellos ardientes besos que las madres imprimen en los labios de sus hijos en el momento de un adiós postrero, y que resuenan como un eco prolongado de la acerbidad del amor hasta la mas remota posteridad?

El Señor, que amaba tanto á Abraham, quiso hacer con él una de las mayores pruebas que han visto los siglos, de su obediencia y de su fé. Mandarle sacrificar un hijo, dulce objeto de sus delicias y de sus esperanzas, á Isaac, de cuya vida dependia el cumplimiento de todas las bendiciones y todas las promesas: ¿qué mandato! ¿qué prueba! Abraham no vacila un solo momento: ni aun le ocurre la duda sobre el modo de cumplirse todo lo que se le había prometido, faltándole el hijo: no duda, no pregunta, no llora: la obediencia á Dios es superior en él á todos los poderosos sentimientos de padre: triunfa de todos los efectos de carne y sangre: no atiende sino á la voz de Dios, ni trata de otra cosa que de cumplir su orden terminante. Así trata Dios á los amigos que mas ama; así los espone á las pruebas y á los combates mas terribles. Así ellos corresponden al llamamiento de Dios, así se arrojan en los brazos de su providencia, y así se obran los prodigios de la fé, de la confianza y del amor.

Sea lo que fuere, en cuanto al presentimiento de Sara, Abraham se dispone valerosamente para ejecutar la orden que había recibido. Toma á Isaac con dos jóvenes criados, y se encamina hácia el lugar del sacrificio. Este lugar era la tierra de la vision, y segun los intérpretes, el monte Moriah, en el cual se levantó mas tarde el templo de Salomon, y aun piensan otros que era el Calvario, en donde entregó su vida Jesucristo. ¿Maravillosa correspondencia por cierto de las figuras que profetizan con tanta precision, y de la realidad que todo viene tan plenamente

te á cumplirlo! Desde Bersabé, en donde habitaba Abraham, hasta Jerusalem, á donde se dirijia, se cuentan cerca de veinte leguas, y llegó allí despues de dos dias de camino. Por orden de su señor, los criados se detienen. Abraham, llevando en su mano la cuchilla que debía herir la víctima, y el fuego que debía consumirla: Isaac, cargado con la leña necesaria para el sacrificio, fueron ganando la colina designada por el cielo. Isaac, con todo, pregunta á su padre: "Aquí hay la leña y el fuego, pero ¿en dónde está la víctima para el holocausto?"—"Hijo mio, respondia Abraham, Dios mismo se proveerá de una víctima para el holocausto." ;Cómo debía palpar el corazon del padre, á pesar de la firmeza de su resolusion! Pero aquel corazon magnánimo no veia mas que á Dios, y no amaba á su hijo, sino por Dios. Llegan por fin á la cima de la montaña: dispónense las piedras en forma de altar, y sobre él se coloca la leña. Isaac, pues él era la víctima, se deja atar dócilmente sobre la hoguera fúnebre. Toma el padre la cuchilla, levanta la mano... cuando una voz le dice de lo alto: "¡Abraham! ; Abraham!"..... El golpe queda suspenso, y sigue la voz: "No estieras la mano sobre el jóven, ni le hagas el menor daño. Ya veo que tú temes á Dios, pues que para obedecerme no has perdonado á tu hijo único.... te bendeciré: multiplicaré tu raza como las estrellas del cielo y como las arena del mar, y tus hijos poseerán la tierra de sus enemigos. Y en tu posteridad serán benditas todas las naciones de la tierra, porque me has obedecido." Abraham levantó sus ojos, y vió á sus espaldas un carnero enredado por las astas en un zarzal, y le tomó para ofrecerle en holocausto en lugar de su hijo. Así es como los oráculos divinos, tan amenudo reiterados, designaban de un modo decisivo la dinastía del Libertador anunciado por la primera vez á los desterrados de Eden, prometido despues á la raza de Abraham, saludado de lejos por la creyente Judea, esperado por el Oriente fiel á las tradiciones, por la Grecia amiga de la ciencia, y por todos los pueblos á quienes las pasiones habian dividido; pero que una fuerza íntima retenia sus esperanzas. Así es tambien como la ofrenda de Isaac inmolado intencionalmente, y la ofrenda de las víctimas inmoladas en realidad en las antiguas religiones, fueron las sombras y los símbolos de un sacrificio mejor y mas perfecto, que se cumplió hace diez y ocho siglos, y que, renovándose cada día á nuestros ojos, cubre el mundo entero de un perdon inmenso. ;Qué señal de verdad, brillando en la frente del cristianismo es esta fe, y esta práctica universal de la humanidad, que lleva consigo donde quiera el pensamiento de su propia degradacion, y busca como rehabilitarse por medio de la efusion de sangre!

Los sagrados intérpretes no están conformes acerca la edad de Isaac, cuando su padre recibió la órden de Dios para el sacrificio. Josefo y otros intérpretes creen comunmente que tenia veinte y cinco años. No hay duda que en esta edad pudiera haberse resistido á morir, huyendo ó escapando del peligro; pero su docilidad fué tan admirable como el desprendimiento y generosa obediencia de su padre. Así que oyó por boca de éste que aquella era disposicion del cielo, inclinó la cabeza con heróica resignacion; y sin abrir sus labios se abrazó con el decreto de muerte que se le intimaba y tendióse sobre el ara esperando el golpe fatal. ;Digna figura de la mansedumbre y sumision del Cordero divino que se sujetó al sacrificio cruento de la cruz sin ni siquiera abrir sus labios!

El sacrificio de Abraham ofrece al genio del artista uno de los grupos mas interesantes que pueda presentarle la santa historia de los antiguos dias. Un célebre autor contemporáneo le compara con otras pinturas magníficas de la escuela griega, y hace resaltar su indudable superioridad. Zeuxis, dice, habia tomado por asunto de sus tres principales obras á Penélope, á Elena y al amor. Polignoto habia figurado sobre las paredes del templo de Delfos el saqueo de Troya, y la bajada de Ulises á los infernos. Eufranor pintó los doce dioses, á Taseo dando leyes, y asimismo las batallas de Cadmea, de Leuctro y de Mantinea: Apeles representó á Venus Anadiomedes por el original de Campaspe: Etion pintó las bodas de Alejandro con Roxana, y Thiamantes el sacrificio de Ifigenia. Cotejad, empero, estos nsuntos con los asuntos cristianos, y conoceréis bien pronto su inferioridad. El sacrificio de Abraham, por ejemplo, es tan espresivo y de un gusto mas simple que el de Ifigenia: no hay en él ni soldados, ni grupos, ni tumultos, ni todo aquel movimiento que solo sirve para distraer de la escena. Solamente se ven allí la solitaria cumbre de una montaña, un patriarca que cuenta sus años por un siglo, un cuchillo levantado sobre la cabeza de un hijo único, y el brazo de Dios que detiene el brazo paternal. En las fisonomías resaltan los sentimientos mas sublimes y generosos que pueden enaltecer la naturaleza humana. En el rostro del padre se pinta la fé ciega y respetuosa y el súbito raptó de la admiracion y del consuelo; y en el semblante del hijo resplandece la dulzura de la mansedumbre y de la sumision, mezclado de aquella resignada tristeza que va á cortar para siempre la esperanza indefinida de una existencia jóven, llena de vigor y de encantos. Los historiadores del antiguo Testamento han llenado nuestros templos de semejantes cuadros; y muy sabido es cuán favorables son al pincel la sencillez magostuosa de las costumbres patriarcales, la noble y sentimental

simplicidad de las del Oriente, la corpulencia de los animales y las grandiosas perspectivas de la naturaleza en las soledades del Asia.

Después de terminada tan felizmente la prueba á que el Señor se dignó poner la fé ardiente de Abraham, bajó éste de la montaña acompañado de su hijo, latiéndoles á entrambos el pecho de placer y reconocimiento á las bondades de que Dios acababa de colmarles. Encontraron luego sus criados, y juntos se fueron á Bersabé, en donde habitó el patriarca por mucho tiempo. Tampoco nos dice la Escritura si padre é hijo refirieron á Sara el estupendo prodigio de que acababan de ser testigos, ó si fué éste un secreto que guardaron en su corazón reconocido. No tardó mucho tiempo á saber Abraham que Melcha, hermana de Sara, había dado hijos á Nachor, hermano de aquel. Uno de los hijos de Nachor fué Bathuel, padre de Rebeca, á la cual después tomó Isaac por esposa.

Nada se sabe acerca los últimos años de Sara, si solo que murió de una edad avanzada, pues nos dice la Escritura que vivió ciento veinte y siete años en la pequeña ciudad de Cariath-Arbé, que los israelitas llamaron Hebron cuando hubieron conquistado la tierra de Canaan. Observan los intérpretes que de esta sola muger quiso Dios que se registrasen los años en la Escritura, ya para honrar su virtud y el distinguido lugar que debía ocupar en la economía de la religion, ya por ser madre de los fieles, y brillante figura de la Iglesia de Jesucristo por su santa y misteriosa fecundidad. El viejo patriarca, perdiendo á Sara, derramó lágrimas; y siguiendo la costumbre que se seguía en semejantes duelos, permaneció por algun tiempo sentado en tierra, junto al cadáver. Y cuando hubo acabado los oficios del funeral, que eran de hacer embalsamar el cuerpo, y llorar al difunto por espacio de algunos dias, vino á encontrar á los habitantes de la ciudad, que eran los hetheos, descendientes de Heth, hijo de Canaan, y les habló en estos términos: "Yo soy advenedizo y extranjero entre vosotros; concededme aquí el derecho de sepultura para enterrar á la que se me ha muerto." La piedad con los difuntos se halla en todos los siglos, así como la certitud de otra vida. La demanda de Abraham fué acogida favorablemente, pues se le concedió hasta la facultad de escojer entre los mas hermosos sepulcros para enterrar allí á Sara. Pero los sepulcros han sido siempre una cosa sagrada por contener las cenizas queridas de las personas que se han amado. Los antiguos no hubieran visto sin escándalo que pasasen los sepulcros de unas manos á otras, pues tenían un gran consuelo de reposar algun dia al lado de sus mayores. Este acto hubiera sido reputado por una especie de impiedad; y por esto les pide Abraham que le vendan una porcion de terreno y una cueva doble que en él habia, en donde no se hubiese enterrado ningun ca-

dáver. Quiso, pues, adquirir un sepulcro por un derecho real y permanente, y así, después los habitantes de Arbé hubieron de contestar á su primera insinuacion: "Escúchanos, señor: tú eres entre nosotros un príncipe de Dios, ó un príncipe grande, entierra tu difunto en la que mejor te pareciere de nuestras sepulturas, pues nadie habrá que pueda impedirte el colocar en su sepultura á tu muerto." Levantóse el venerable patriarca, y haciendo una profunda reverencia á los moradores de aquel país, les dijo: "Si teneis á bien el que yo entierre á mi difunto, oid mi súplica, é interceded por mí con Efton, hijo de Seot, para que me conceda la cueva doble que tiene á lo último de su heredad, cediéndomela en presencia vuestra por su justo precio, y quede así mia para hacer de ella una sepultura." Allí se encontraba Efton, en medio de los hijos de Heth, y delante de todos los concurrentes, á las puertas de la ciudad, respondió generosamente: "No, señor mio, no ha de ser así, escucha mas bien lo que voy á decirte: Pongo á tu disposicion el campo y la cueva que hay en él, en presencia de los hijos de mi pueblo: entierra allí á la que has perdido." Abraham manifestó su profundo reconocimiento, pero insistió al mismo tiempo para obtener, en vez de una concesion gratuita, un verdadero contrato de venta. "Suplicote que me oigas, exclamó delante de todo el concurso; yo daré el precio del campo: recíbele, y de esta manera enterraré en él á mi difunta." Efton se creyó ya en el caso de poner fin á aquel debate. "Oyeme, pues, señor mio, dijo, la tierra que pretendes vale cuatrocientos siclos de plata; este el precio contratado entre los dos; ¿pero qué importa esto? Entierra tu difunto." Entonces Abraham mandó pesar á la vista de todos la cantidad de dinero que se le habia indicado, y que viene á corresponder á tres mil ciento cincuenta y tres reales de vellon, á corta diferencia, siguiendo la opinion de los que han escrito sobre el valor comparativo entre las monedas antiguas y modernas. A este precio el campo de Efton, la cueva que en él se hallaba y los árboles del circuito, pasaron en pleno dominio á Abraham, y los habitantes de la ciudad fueron testigos del tratado que allí se concluyó: tal era la manera primitiva de hacer asegurar las transacciones.

Abraham colocó, pues, los restos de Sara en la caverna que acababa de comprar enfrente de Mambré, por la parte del Mediodía, no lejos de la ciudad que mas tarde se llamó Hebron, en la tierra de Canaan. Y los hijos de Heth confirmaron á Abraham el dominio de aquel campo y de aquella cueva para que le sirviese de sepultura, pues allí mismo debia hallar él tambien un lugar de reposo para sus cenizas, mientras estaria aguardando la resurreccion. En aquel lugar fueron enterrados, además de Sara y Abraham, Isaac y Rebeca, Jacob y Lia. Y aunque en los Ar-

Los *Apóstoles* se dice que Dios no concedió á Abraham en herencia ni un solo palmo de tierra de Canaan, este aserto no está en oposicion con lo que acababa de referirse, por cuanto este campo no lo tuvo Abraham de Dios en herencia, sino que le adquirió con su dinero.

Y en efecto, aun se vé en el día su tumba guardada con la mayor solitud, y á porfia y unánimemente honrado por los musulmanes, hijos de Ismael; por los judíos, hijos de Isaac; y por lo cristianos, hijos de Abraham, según el espíritu. Santa Elena, madre del emperador Constantino, hizo edificar en el paraje mismo de la célebre caverna, una iglesia magnífica, á donde se subía por una grada de treinta escalones, y que los turcos han convertido en mezquita. El suelo de Hebron es fértil; la tierra produce allí frutos en abundancia: hay mucha cosecha de cebada, como en tiempo de Ruth la moabita, y cultivase la viña como en tiempo de Josué, el conquistador de la tierra prometida. Hay no lejos de la ciudad un soberbio pozo, que ocupa mas de sesenta piés en cuadro, al cual se baja por escalinatas de cuarenta escalones colocadas á cada uno de los cuatro ángulos, y los palmeros lo cubren con su sombra. Tierra sujeta á ruidosas revoluciones, país de gloria y de poesía, en donde el pensamiento anhela refugiarse alguna vez con un placer indefinible, como para saludar su cuna en la historia de las primeras edades, y para descansar á la sombra regalada de tan puros y candorosos recuerdos.

Al internarnos en los relatos sencillos y sublimes del Génesis, no solamente se halla la tradicion constante de la falta orginal y de la necesidad de una expiacion, sino tambien aquel pensamiento moral y social de que las costumbres sencillas y puras, la moderacion en las necesidades y los trabajos aplicados á la tierra, conducen á la abundancia, á la riqueza y á la felicidad. Sem continúa la vida pastoral y agrícola, y su sexto nieto es ese Abraham, ese príncipe de los pastores, cuyo nombre ha quedado aún tan grande debajo las tiendas de los árabes, y en la memoria de los demas pueblos del Oriente. Abraham habia partido del Egipto con grandes tesoros de oro y plata: sus rebaños eran innumerables, pues vióse obligado á decir á Loth, su sobrino, que debian separarse; y mientras que éste se dirigió hácia las orillas del Jordan, establecióse él en la Caldea y en la tierra de Canaan.

Sara, su esposa, es respetada como la madre de todos los creyentes, á causa de su confianza en Dios y de su varonil resolucion de desterrarse de su patria y recorrer una tierra estraña, apoyada únicamente sobre la fé de Abraham, y movida por un puro sentimiento religioso. Es honrada asimismo como una figura misteriosa, ya sea de la Virgen María que dió á luz al verdadero Isaac, ya sea de la Iglesia cristiana, cuyos hijos igualan

en número á las estrellas del firmamento. Muger verdaderamente fuerte, que sobrellevó con firme entereza el peso de las tribulaciones; esposa incorruptible, que encontraba recursos en su propio corazon, para hacerse superior á los peligros á que la precipitó por dos distintas veces la fuerza de las circunstancias; noble raiz de un grande pueblo, que despues de cuatro mil años, se perpetúa aún sin confundirse con las demas naciones del globo: tal fué Sara.

Varios rasgos de su vida, respirando aquella noble majestad y aquella elevada importancia que daba el cielo á los sublimes destinos de aquella muger generosa, que encerraba en su persona como un gérmen el principio de los grandes acontecimientos del mundo, han ejercitado el buril ó el pincel de profesores ilustres. Benedetto Castiglioni nos dejó pintados algunos de los viajes que hizo ella con Abraham: otros la han representado en el momento en que se rie de las promesas de próxima maternidad hechas por los ángeles hospedados en la tienda de su esposo. Este último asunto fué tratado por Rafael, primero en las salas del Vaticano, y posteriormente en otra composicion en que la habilidad del eminente artista hace subir de punto la acusacion de su incredulidad. Sebastian Bourdon, de la escuela francesa, encontró en este mismo asunto materia para un cuadro notable, que inaugura su hermosa série de las obras de Misericordia.